



"QUETZALCOATL",

ENSAYO TRÁGICO POR D. ALFREDO CHAVERO.

I

HUZGO y juzgaré siempre de la más alta importancia los trabajos de nuestros escritores, relativos á la historia antigua de México. Todo lo que me trasporta á aquellos tiempos que los siglos venideros llamarán de fábula, á mí me encanta, y lo encuentro interesante, nuevo y hermoso. Débese esto, no sólo á que los sucesos se me presentan ataviados con las galas de la poesía, y á que me conmueve el recuerdo de nuestros héroes, de sus hazañas gloriosas, y de la belleza y candor de las bellidades indias, sino también, á que creo que en el cultivo de la historia de nuestro país está la verdadera fuente del engrandecimiento de nuestra literatura.—Algunos ensayos se han hecho ya, y muy felices por cierto: Pesado en *Las Aztecas*, el Sr. D. José María Roa Bárcena en sus *Legendas mexicanas*, D. José Peon y Contreras en sus *Romances históricos*, D. José Luis Tercero

en su poema *Netzahualpilli*, y últimamente D. Nicanor Contreras Elizalde, que pronto dará á conocer su gran obra, su poema histórico *Netzahualcóyotl*, han tomado asuntos del antiguo pueblo mexicano, para tratarlos en obras que ocuparán siempre distinguido lugar en nuestros anales poéticos. Para el teatro, el Sr. Peon y Contreras ha elegido episodios y dramas de la época virreynal, y todos hemos visto en la escena á Cortés, á Gil Gonzalez de Avila, á los oidores, y á otros personajes de la sociedad mexicana de los siglos XVI y XVII.

Pero el Sr. D. Alfredo Chavero ha sido el primero, si no me engaño, que, remontándose un poco más, ha ido á buscar sus inspiraciones para el teatro en los tiempos más lejanos de nuestra historia, en las bellezas nativas de nuestro suelo, en personajes de la raza azteca en una época en que ésta no había recibido todavía ninguna liga y en que aquellos conservaban intactos, de consiguiente, sus instintos guerreros y los sentimientos de altiva independencia propios de su carácter. El Sr. Chavero ha sido el primero que nos ha presentado en la escena á las antiguas indias, bellas y amorosas, de miradas tiernas y corazon de paloma.—Y en verdad, que nadie más á propósito que él para acometer empresa semejante y salir airoso de su desempeño. Poeta, anticuario y erudito, lo reúne todo para imaginar, con su brillante fantasía, interesantes cuadros dramáticos ajustados á la verdad histórica. Su fama de literato de buen gusto, de conocedor profundo de nuestra historia antigua, de arqueólogo entendido y diligente, la ha con-

quistado en la difícil y fatigosa labor en que tanto se distinguió el inolvidable D. José Fernando Ramirez, y en que siguen siendo los primeros maestros D. Joaquin García Icazbalceta y D. Manuel Orozco y Berra.

Xóchitl fué el drama de esta naturaleza que primeramente dió á la escena el Sr. Chavero, y el triunfo que con él alcanzó fué tan lisonjero como justo y merecido. La sencilla trama del argumento, la novedad de los cuadros, lo bien delineado de los caracteres, realzado todo por una versificación fácil, apasionada y sonora, hicieron de aquel feliz ensayo una perla de nuestro teatro, precursora de otras obras que tendrían su principal y mayor encanto en el asunto tratado en ellas.—Despues, escribió el Sr. Chavero su ensayo trágico intitulado *Quetzalcoatl*, tomando como fundamento “el mito de aquel nombre, que al mismo tiempo es una personalidad histórica,”—segun él mismo dice,—y combinando esa tradicion con algun otro episodio tomado de un antiguo códice.

II

Estrenóse la obra en el Teatro Principal de esta ciudad, la noche del domingo 24 de Marzo de 1878; y en un templo cuya propiedad de detalles tocó á los anticuarios examinar, aparecieron Huemác, sacerdote, y Papántzin, antiguo jefe tolteca. Ambos hablan de Quetzalcoatl, hombre extraordinario y desconocido venido del Oriente, el cual predica una doctrina nueva que en poco tiempo ha cambiado los ritos y las

costumbres; ha sustituido los dioses indios con una sencilla cruz, y se ha hecho proclamar rey. Xóchitl, jóven india de gran belleza, hija de Papántzin, ama y es amada de Quetzalcoatl, quien al formar alianza con Huitzilihuitl, jefe de la tribu azteca, ofrece á éste entregarle despues, en premio de su lealtad, á la mujer que adore.

—¿Quién es?—le pregunta.

—Xóchitl,—contesta el guerrero.

Y Quetzalcoatl calla sin retirar su promesa. —Delante de los sacerdotes, que lo sorprenden profanando el templo con caricias amorosas, declara él que Xóchitl será su esposa. Sábelo Huitzilihuitl, y con el furor natural de los celos, jura vengarse, uniéndose luego al pueblo que se ha sublevado contra Quetzalcoatl. Papántzin dice al azteca, que si logra arrancar del lado del rey á aquel “tesoro de candor y de hermosura,” Xóchitl será suya, al mismo tiempo que el sacerdote, por su parte, le promete en nombre del dios la corona real.

En el segundo acto, aparece que los hijos del país han quedado vencidos en aquel conflicto: Quetzalcoatl es todavía rey, comparte el trono con su esposa Xóchitl, y todos sus enemigos lo rodean y lo acatan sin guardarle resentimiento. El sacerdote Huemác lo adula, él está tranquilo, y Huitzilihuitl llega á exigirle el cumplimiento de la promesa que le hizo, de entregarle á Xóchitl, por más que no le asista ya ningun derecho, desde el momento en que le abandonó traicionando su bandera y uniéndose á sus enemigos. Llega en esto la reina y oye aquel violento altercado; y al saber que el que es ya su

esposo la ofreció á otro, léjos de indignarse, le exige tambien que no manche su honor faltando á su palabra.

—¿Prometiste darme?—le dice.—Pues dame.

Más firme es mi pasión que dura roca
Que en vano azota con furor la mar.
Pero quiero que el rey por quien aliento
Guarde, digno de mí, su juramento.

Quetzalcoatl cede, y entrega á Xóchitl á su enemigo; pero entónces declara ésta á Huitzilihuitl que no lo ama ni puede amarlo; y que pues ya el rey cumplió entregándola, se vuelve con él, porque *Xóchitl cumple como cumple el rey*.—Queda el infeliz azteca harto humillado, y víctima otra vez de los más furiosos celos, renueva sus propósitos de venganza. Papántzin llega con el mismo intento: el usurpador le ha arrebatado á su hija, y el odio que hacía él abriga ha crecido desde que le perdonó en la guerra.

—He descubierto un licor—dice Papántzin —que adormece los sentidos, y si el rey lo toma, puede caer fácilmente en nuestras manos.

En efecto, ofrece á Xóchitl aquel néctar, gusta de él Quetzalcoatl, y ambos caen embriagados al pié mismo del trono. Ven los sacerdotes esta escena, se indignan ante aquel espectáculo, y declaran solemnemente que, segun sus ritos, el rey se ha hecho indigno de llevar la corona. —En medio del sueño, Xóchitl oye que su padre y Huitzilihuitl intentan asesinar á Quetzalcoatl; y en el momento en que se acercan á él,

los detiene, amenazándolos con quitarse ella misma la vida si dan un paso más.

—Pues que mueran los dos—exclama el desesperado Huitzilihuitl, dirigiéndose á ellos con el arma homicida en la mano. Mas el padre de la india defiende á su hija escudándola con su cuerpo, y cae el telon.

Tercer acto: en el templo, los sacerdotes tratan de elegir nuevo rey, porque Quetzalcoatl no sólo ha perdido todo derecho por sus vicios, sino que ha muerto en medio de la embriaguez. —Aparece Huitzilihuitl y recuerda al gran sacerdote que el dios le ofreció el trono; pero todos deciden que no puede ser nombrado, primero, por no haber matado al rey como juró, y luego, porque es extranjero, y

Loco

Es aquel pueblo que al extraño entrega
Sus destinos.

El azteca, como es natural, no se conforma, y anuncia que sus tribus están fuera del templo, y que éste va á ser asaltado. Pero los sacerdotes proceden entónces con más cordura: lo desarman, condénanlo á muerte, y allí mismo es sacrificado al dios del templo.

Aclamado rey Papántzin, niégase á aceptar la corona, siendo lo más extraño que se acusa lleno de remordimiento de haber hecho la guerra á Quetzalcoatl, y confiesa que éste era *el mejor monarca*. Por fin, despues de llorar la desgracia de su hija, cae muerto al pié del altar.—Huemác, sacerdote, es aclamado soberano, y

en aquel momento aparece Quetzalcoatl con una cruz en la mano. Prostérnanse todos delante de él pidiéndole perdon; pero el nuevo rey, creyéndole fantasma y viendo que no se retira, aunque se lo ha mandado con imperio, cae desmayado en brazos de sus compañeros.—Quetzalcoatl dice entónces que no es fantasma, que él y Huemác viven todavía; pero que no pudiendo ya permanecer en el país, se vuelve al Oriente de donde vino. Les deja, en efecto, la cruz, y se va.—Viene Xóchitl: duda que su amado la abandone, niega lo que ha oído al entrar allí, ruega que lo detengan, y al ver muerto á su padre dice las frases que le dicta su locura. Toma, por último, la cruz, recuerdo vivo de Quetzalcoatl, y el *ensayo trágico* concluye con una profecía de la jóven india, relativa á que vendrán hombres del Oriente á plantar en esta tierra la enseña de la redencion.

III

Tal es el argumento de la obra del Sr. Chavero; y ántes de manifestar acerca de ella lo que pienso, bueno será recordar que en una tragedia, los acontecimientos, el desarrollo de la trama, los caracteres, etc., deben ser extraordinarios y grandiosos, de tal manera extraños, que sin rayar en inverosímiles se aparten mucho de los que vulgarmente vemos en la vida. El lenguaje debe tambien ser propio de la época y de los personajes.

Pues bien: el asunto elegido por el Sr. Chavero no me parece á propósito para la tragedia,

y así como está, ni aún para el drama. En la tradición de Quetzalcoatl hay tales brumas é incertidumbre, tan aventurado es lo que de ella puede decirse, no obstante las repetidas investigaciones de los arqueólogos é historiadores, que no es posible fundar en aquel mito ningun argumento para obras literarias del género dramático. Ignorándose quién fué Quetzalcoatl, cómo vino á esta tierra (si vino), qué hizo, y cuáles fueron las causas que lo alejaron de nuestras costas, páreceme aventurado y peligroso urdir fábulas en que de una manera tan notable se toque la historia de un pueblo antiquísimo. Aparte de los errores que esto puede sembrar en el auditorio; aparte tambien de que el teatro jamás debe convertirse en cátedra de historia, juzgo de suma trascendencia para la literatura el extravaiar así los nobles y altos fines del arte. —Es cierto que en las tragedias de los griegos se mezclan siempre la fábula y la historia; pero obsérvese que allí tienen perfectamente marcado cada una su límite.

Por lo demás, faltan en *Quetzalcoatl* poderosas y grandes pasiones, es decir, aquellas que deben suponerse en un personaje de tragedia. Ningun acontecimiento terrible y lastimoso ve allí el espectador, ninguna lucha atormenta al protagonista, ningun secreto se oculta en la trama de la obra, ningunos tremendos infortunios y dolorosas escenas la desenlazan. —¿Quiso el Sr. Chavero tratar el asunto del establecimiento de una nueva religion entre los aztecas? ¿Fué Quetzalcoatl el héroe de esta cruzada? No se sabe: cuando el telon se alza, la cruz está ya en

el templo, el que la ha traído es rey, y sólo piensa en vulgarísimos amores. A causa de ellos tiene enemigos, la embriaguez le arrebató el trono, y no pudiendo satisfacer más sus pasiones, huye dejando á la mujer amada y abandonando su obra sin decir por qué. —¿Cabe hacer una tragedia con estos acontecimientos? El desarrollo que les dió el Sr. Chavero me parece absurdo. Desde el momento en que los sacerdotes y los guerreros muestran su descontento y quieren vengarse de Quetzalcoatl, supone uno que de aquella lucha entre un pueblo y un solo hombre van á nacer complicaciones difíciles de resolver; se piensa en la raza azteca, valiente é indomable; y por otra parte se considera que el extranjero debe luchar, sufrir y hasta sacrificarse en aras de la idea que ha venido á predicar. Su valor debería llegar al heroísmo, su voluntad de hacer el bien á la más generosa abnegacion y ningun afecto pequeño y fugaz debería detenerlo en su camino. Y si despues de presentar estos combates, hubiese el Sr. Chavero traído sobre Quetzalcoatl una catástrofe inmensa y no merecida, cuyo origen hubiera estado igualmente en la idea que abrigaba en su alma, entónces, sí, quizá habría podido haber tragedia.

¿Pero qué vemos en lugar de esto? Una obra comenzada y no proseguida, pasiones comunes, flaquezas, debilidades, traiciones y hasta faltas de dignidad y de decoro. Quetzalcoatl no tiene un solo rasgo que lo eleve sobre los que lo rodean y lo haga terrible, grande, ó que despierte en su favor la piedad de los espectadores. Ninguna energía se descubre en él, ninguna

fortaleza tiene para obrar, ningun afecto sacrificia á alguna idea grandiosa,—que es lo que principalmente podía darle cierto carácter extraordinario. El mismo amor que lo ligaba á Xóchitl es débil y vulgar. ¿Por qué la deja? ¿Por qué es ingrato con ella, precisamente cuando más necesitaba de su apoyo por haber quedado huérfana y loca?—Semejante conducta es consecuencia natural de la que ántes observó, al entregar á su esposa al guerrero Huitzilihuitl. En un personaje del carácter que debe suponerse á Quetzalcoatl, es increíble, inexplicable y absurda, aquella docilidad con que obedece el mandato de Xóchitl. ¿Por qué consiente en darla á su rival? ¿No era éste su enemigo y prisionero? ¿Y qué derecho le asistía, además, para exigir el cumplimiento de la promesa, si él por su parte había faltado y había sido traidor?—Todavía se comprende ménos que reciba á Xóchitl cuando vuelve á sus brazos. ¿Es verosímil que haya quedado impasible ante aquella escena de humillacion? El famoso Quetzalcoatl, por esto solo, no infunde *terror ni compasion* en el auditorio, sino desprecio.

Por lo dicho hasta aquí se verá que el protagonista de la obra del Sr. Chavero no es personaje trágico. ¿Lo serán los otros? Creo que tampoco. Huemác es un ambicioso que quiere escalar el trono, y que unas veces se manifiesta irritado contra el usurpador extranjero, y otras lo adula para ganarse su voluntad. Papántzin es otro carácter falso: hombre sin dignidad ni valor, ve con cierta tibieza la suerte de su hija, y no tiene nunca un rasgo de energía para ven-

garse; muere arrepentido de haber hecho la guerra á Quetzalcoatl y confiesa, segun ántes observé, que era el *mejor monarca*. Huitzilihuitl es un traidor repugnante, un amante brutal, y su muerte ni conmueve ni despierta compasion en el auditorio. En fin, creo que ni los personajes ni los acontecimientos del *ensayo trágico* del Sr. Chavero llenan las condiciones que debieran.

En cuanto al estilo, tampoco le hallo muy propio: paréceme que aquellas razas valerosas y heróicas debieron haber hablado un lenguaje que estuviese en armonía con sus sentimientos de altivez é independencia. La versificacion es lánguida, fría y algo dura: carece de cierta fluidez, frescura y naturalidad que acaso darían interés á la obra, ya que, desgraciadamente, las escenas son monótonas y están faltas de movimiento.





LA LIRA MEXICANA,

POR DON JUAN DE DIOS PEZA.

I

EL Señor D. Juan de Dios Peza, segundo secretario de la Legacion Mexicana en Madrid, ha publicado en aquella corte, con el título que encabeza estas líneas, una coleccion de poesías de autores contemporáneos. —Todo lo que contribuya á darnos á conocer en el extranjero; todo lo que se haga para revelar nuestra cultura, nuestros afanes y trabajos, nuestras glorias, y tambien nuestros elementos de riqueza y de ilustracion, merecerá siempre los más entusiastas elogios de todos los mexicanos agradecidos; y yo no puedo ménos de felicitar sinceramente al Sr. Peza por su patriótico interés en favor de la literatura de México, por más que la manera con que ha ejecutado su obra esté muy léjos de satisfacer y de alcanzar la aprobacion de personas competentes. Las observaciones que me voy á permitir estampar en seguida, son el eco de las que he oído á algunas de ellas.

España, aunque se hayan roto los vínculos que en un tiempo la unieron á América, ha visto siempre con maternal cariño nuestra suerte, lamentándose de nuestras desdichas é interesándose vivamente por nuestra felicidad y bienestar; ha seguido paso á paso nuestra vida de nacion independiente; ha visto con júbilo nuestras conquistas en el campo del saber y de la inteligencia; ha recibido gozosa los frutos de nuestra literatura, hija de la suya, y más de una vez ha honrado con patentes señales de distincion y de benevolencia á hombres notables de nuestro país. España, por lo mismo, tiene hácia México especial y cariñosa predileccion; porque sabe tambien que aquí se hace justicia á su mérito, se recuerdan con gratitud sus gloriosas tradiciones en el Nuevo Mundo, y se admiran y se estiman debidamente todos los hechos con que durante tres siglos acreditó su amor y su solicitud de madre. ¿Cómo, pues, ha de ver con indiferencia el estado actual de nuestra literatura? ¿Cómo no se ha de interesar en todo lo que á este respecto se le diga y se le presente?

En todas las naciones hispano-americanas son conocidas y leídas con agrado las selectas producciones de los poetas y escritores de la Península; y en México estamos acostumbrados á admirar la vigorosa y elevadísima inspiración de Núñez de Arce, la gracia y profundidad de Campoamor, el ingenio, la ciencia y elegancia de Valera; todas las cualidades, en fin, que enriquecen y engalanan la moderna literatura castellana. Pero allá no se conoce nada de lo que aquí tenemos, y los nombres de nuestros más

ameritados escritores sólo son pronunciados de vez en cuando en el gabinete de algun erudito ó en la sala de alguna docta academia.—De aquí viene, pues, la necesidad que hay de presentar en España muestras de nuestra literatura, composiciones debidas á nuestros poetas, cantos que den idea de la inspiracion, dotes literarias y aventajado cultivo de los ingenios mexicanos.

II

Quiso el Sr. Peza satisfacer esa necesidad, y formó y publicó su coleccion; pero por desgracia, ó no tuvo á su alcance todos los elementos que para esta clase de labores se han menester, ó se dejó llevar de sus simpatías para colocar en su libro á poetas que no lo merecen, y de sus preocupaciones de partido para excluir á los que faltan, y señalar á otros humildísimo lugar.—Si fué lo primero, creo que el Sr. Peza debió esperar hasta tener reunidas las composiciones más selectas y de verdadero mérito que enriquecen el Parnaso mexicano, pues que ni la publicacion urgía, ni debía hacerse con materiales que, léjos de dar á conocer los tesoros de nuestra literatura, sólo sirvieran para desacreditarla. Si lo segundo, esto es, si el Sr. Peza se dejó llevar de sus simpatías ó de sus preocupaciones personales, debo manifestar con toda franqueza que semejante conducta me llena de pesadumbre y extrañeza. ¿Llegan acaso, pueden llegar al campo de las letras, los ágríos resentimientos de las opiniones políticas? ¿Hay

por ventura algo más neutral, más pacífico y más noble que el ameno y florido huerto de la poesía? Perdóneme el Sr. Peza; pero creo que debió ahogar un poco los arranques amistosos de su corazón, y desprenderse otro tanto de sus preocupaciones, para que en su libro se registrasen únicamente composiciones de reconocido mérito, fuera quien fuese su autor. Así su trabajo habría sido completo, y se vería que en él le habían guiado la más severa imparcialidad, el gusto más exquisito, y el firme propósito de honrar á nuestra patria en el extranjero, presentando tan sólo las obras de nuestros escritores que lo merecieran.

En España, todos debieron creer, al abrir *La Lira Mexicana*, que encontrarían en sus páginas la fiel y viva expresión de la literatura de un pueblo que les es tan simpático; las armonías y espléndidas galas de la afamada tierra americana; el eco de las aspiraciones de una sociedad joven todavía, y que lleva en sus venas sangre de Cortés, de Cuauhtemoc y otros héroes inmortales. Mas, de todo esto hay muy poco, casi nada, en la colección que vengo examinando.—No: allí no está representada nuestra literatura, nuestra poesía, como debieran y pudieran estarlo: faltan muchos nombres de verdaderos poetas, faltan innumerables producciones de elevadísimo mérito que las honran y enaltecen dignamente. ¡Pobre y escasa de armonías sería en verdad la lira mexicana, si tan sólo como las que en este libro se registran hubiese producido! Una literatura que ha tenido por modelo la española, que se ha vigorizado con la imita-

ción de los clásicos, aspirando á formar poetas correctos y de buen gusto, no es creíble que se halle sin autores de limpia y correcta dicción, de brillantes pensamientos, de entonación grave y elevada, digna de los nobles asuntos en que se inspira la poesía.

III

Cincuenta y nueve poetas ha coleccionado el Sr. Peza en su libro, y de éstos la mayor parte son jóvenes que casi puede decirse han comenzado ayer sus ensayos. En sus composiciones se encuentran defectos gravísimos que deslucen notablemente las buenas dotes que en ellos suelen revelarse: ya es una figura impropia y de mal gusto que pudieron evitar el estudio, el cuidado y el conocimiento de los buenos modelos; ya son estrofas prosáicas, giros violentos, y ausencia completa de inspiración; lo cual hace que muchas composiciones sean indignas de figurar en una colección que se presenta como muestra de la poesía de un pueblo.—Por otra parte, casi todas las composiciones elegidas por el Sr. Peza son de un mismo género,—eróticas y descriptivas;—y esto naturalmente da á aquellas páginas cierta monotonía que fatiga y empalaga al lector. ¿Por qué no procuró el Sr. Peza imprimir variedad á su colección, formándola de piezas de distintos géneros poéticos, puesto que su objeto era dar á conocer las flores más valiosas del Parnaso mexicano? De esta manera, repito, su trabajo habría sido de verdadera y trascendental utilidad, habría tenido más impor-

tancia é interés, y habría, por último, llenado debidamente su objeto.

Y para que no se diga que aventuro esta observacion, haré notar que ya D. Manuel de la Revilla, autorizado crítico de Madrid, manifestó en el artículo que dedicó al libro del Sr. Peza, que: "pocos son los poetas mexicanos que buscan su inspiracion en las altas cimas de la ciencia y en los graves problemas de la vida;" y que: "abundan en cambio los que sólo cantan las bellezas de la forma, tal cual en la naturaleza se revela; ó el sentimiento del amor voluptuoso en que se abrasan sus corazones."

Es indudable que á muchas composiciones que se registran en *La Lira Mexicana* dió cabida el Sr. Peza, llevado únicamente de sus afectos particulares de amistad; pues solo así se comprende que obras de gran mérito que habría sido fácil hallar, hayan sido substituidas por otras que carecen de inspiracion, de naturalidad y hasta de modesta sencillez. En este libro se echan de ménos los nombres del Ilmo. Sr. Obispo Montes de Oca, intérprete fiel de los clásicos griegos; del Sr. Arango y Escandon, cuyos versos tienen todo el sabor de la poesía castellana del siglo XVI, por su sobriedad, pureza é intachable correccion; del Sr. Pesado, de D. Casimiro Collado, y otros, formados y educados en el estudio de los grandes maestros del lenguaje. ¿Fueron excluidos por sus opiniones políticas y religiosas? No quiero creerlo; pues si el terreno de la poesía no es neutral, ¿á cuál otro podremos darle ese nombre? ¿Fué un simple olvido?

Además de las obras de estos autores, cuya

ausencia en el libro del Sr. Peza es lamentada sinceramente por los que conocen su mérito, faltan tambien en él otras composiciones, quizá las mejores, de algunos poetas comprendidos en la coleccion, como sucede con los señores Roa Bárcena, Carpio, Córdoba (D. Tirso Rafael), Segura, y otros; pero sobre esto no insisto, porque tal vez el Sr. Peza no las tuvo á su disposicion en tiempo oportuno, ó porque su gusto particular hizo la eleccion.

No deben halagarnos mucho los elogios tributados por algunos notables escritores españoles á la poesía mexicana, y que se registran al fin del tomo; pues sabidos son el cariño, la simpatía, el interés con que son acogidos en la Península los trabajos literarios procedentes de las Américas españolas; y debemos lamentar únicamente que en esta *Lira Mexicana* no esté representada nuestra poesía de una manera digna.

